

El decimotercer día

Boanerges

Los bastones fueron la primera compra. Más que una adquisición, una auténtica conquista.

Aún faltaban cuatro años para 2027, pero estaban de oferta. Abrió los dos en medio del salón, los ajustó a su altura y caminó entre el sofá y la estantería.

—Vas a estropear el suelo —dijo su mujer.

—Necesito entrenar.

Ella se rio. Sus amigos también se reían cuando hablaba del Camino. Llevaban tantos años llamándolo Boanerges que algunos parecían haber olvidado ya su nombre.

Después llegaron la mochila de veintiocho litros, el cortavientos, tres pares de calcetines sin costuras, el poncho, la botella, el cargador portátil. João compraba poco a poco, siempre después de comparar precios durante semanas. Las zapatillas le llevaron seis meses. Cuando por fin las llevó a casa, empezó a usarlas los domingos.

—No puedo llegar a Oporto con las zapatillas nuevas.

En la pared del despacho, un mapa bajaba desde Oporto hasta Santiago. João conocía cada etapa antes de conocerla: Vila do Conde, Esposende, Viana, Caminha, Oia, Baiona, Vigo, Redondela, Pontevedra, Armenteira, Vilanova de Arousa, Padrón.

En Pontevedra se detenían más sus ojos. De allí había salido su abuelo. En la estantería, los libros de Ricardo Carvalho Calero compartían espacio con antiguos documentos de la familia. A veces João leía unas páginas y, sin darse cuenta, empezaba a cantar el *Alalá das Mariñas*. Su mujer reconocía la cantiga desde los primeros sonidos.

Esperaría a 2027. Año Xacobeo, explicaba, pronunciándolo mal.

En enero pesó la mochila en la báscula de la cocina: cuatro kilos y ochocientos gramos. Sacó una camiseta. Cuatro seiscientos.

Aquella misma noche compró el billete: Brasil–Lisboa. Lisboa–Oporto. Salida: 2 de septiembre. Lo imprimió y lo sujetó con una chincheta sobre el Atlántico del mapa de la pared.

Dos semanas después, un médico le pidió que repitiera una prueba. Vinieron otras. Cuando pronunciaron el nombre de la enfermedad, João miró por la ventana. Preguntó cuánto tiempo le quedaba, pero el médico respondió con un silencio.

El primer día, João salió temprano para sellar la credencial en la catedral de Oporto. Después tomó el metro hasta Matosinhos y empezó a caminar junto al mar. El Atlántico seguía a su izquierda; los bastones golpeaban las pasarelas de madera y la mochila pesaba exactamente cuatro kilos y seiscientos gramos.

Durmió en Vila do Conde. El segundo día pasó por Póvoa de Varzim y llegó a Esposende bajo una lluvia fina. El tercero atravesó bosques y pequeños puentes hasta divisar Viana do Castelo. El puente sobre el Lima apareció tal como en las fotografías, pero más grande; João sabía que algunas cosas solo revelan su tamaño cuando tenemos que atravesarlas.

En lo alto estaba Santa Luzia.

—Mañana son veintiséis —dijo.

La hija levantó la cabeza.

El médico comprobaba el monitor.

—¿Veintiséis qué, papá?

João ya dormía.

El cuarto día dejó Viana. Caminó entre playas y pueblos de pescadores hasta ver el Miño. Y al otro lado estaba Galicia. Se sentó frente al río y permaneció un rato sin quitarse la mochila.

Empezó a tararear muy bajo:

Ai, lalá...

La enfermera creyó que intentaba decir algo y se acercó. João siguió cantando.

A la mañana siguiente subió al barco en Caminha. Mantuvo la mochila entre las rodillas durante la travesía y, al desembarcar, se agachó.

Tocó el suelo.

—He llegado, abuelo.

El monasterio de Oia apareció más tarde, frente al mar. Aquel día no sintió cansancio.

Baiona apareció temprano. João caminó despacio junto a las piedras de Monterreal, mirando las gaviotas.

Una pequeña luz le dio en los ojos.

—¿Señor João?

Apartó el rostro.

—Sello.

—¿Qué?

Extendió la mano.

—Mi credencial.

El médico miró a la hija.

En la puerta de la UCI, un hombre canoso esperaba autorización para entrar. Cuando por fin se acercó a la cama, le tocó el hombro.

—Boanerges.

João abrió los ojos durante unos segundos.

Sonrió.

—Estoy en Galicia.

El amigo no preguntó dónde.

La caminata hasta Vigo fue difícil. Por primera vez João pensó que quizá no lograría llegar. Le pesaban las piernas; tenía que detenerse en las subidas. Se sentó en una piedra.

Alguien dijo que la saturación había bajado.

—Es la subida —respondió.

Se levantó.

Cuando llegó a Vigo, empezaban a aparecer las luces en la ría.

Al día siguiente, el tramo hasta Redondela le pareció más corto. Desde lo alto, las islas flotaban en una claridad blanca. A veces el camino perdía sus contornos y João tenía que quedarse quieto hasta que los árboles, las piedras y las flechas amarillas volvieran a su sitio.

Volvían. Por eso seguía. Al noveno día vio la señal: Pontevedra. Se detuvo ante ella con los bastones suspendidos.

Durante sesenta y cinco años aquel nombre había pertenecido a documentos, historias familiares, fotografías sin fecha y a un hombre que había atravesado el Atlántico. Pasó los dedos por las letras.

En el casco antiguo caminó sin mapa. Un balcón, una puerta estrecha, el ruido de platos procedente de una ventana: todo le provocaba una absurda sensación de recuerdo. Se sentó en la plaza para hablar en gallego, en portugués, con alguien a quien nadie alrededor de la cama podía ver.

La hija escuchaba y solo consiguió reconocer unas pocas palabras.

Ahora los bastones ya no eran accesorios comprados de oferta. Se hundían en la tierra y recibían parte del peso que las piernas se negaban a soportar.

Cuando apareció el monasterio, João se detuvo.

Dos enfermeras ajustaron los tubos y llamaron al médico.

—Estamos aquí, señor João —dijo una de ellas al advertir que movía los labios.

—Yo también.

El undécimo día despertó con agua. Corría entre piedras, molinos y árboles cubiertos de musgo. João bajó de Armenteira siguiendo la Ruta da Pedra e da Auga, despacio, escuchando cómo el arroyo aparecía y desaparecía junto al camino.

En Vilanova de Arousa, la hija humedeció una gasa y se la pasó por los labios.

—Agua.

—Solo un poco, papá.

João sonrió.

—Hay mucha.

El duodécimo día embarcó rumbo a Padrón mientras la niebla cubría la ría. El barco avanzaba entre cruceiros de piedra que aparecían en las orillas y quedaban atrás.

João pensó en la antigua travesía del Apóstol. Pensó también en los hombres a los que hay que llevar cuando ya no pueden caminar. Durante toda la travesía no cantó.

Al llegar a Padrón, apoyó la mano sobre el Pedrón. La piedra estaba fría. Durmió mal pensando que estaba a un solo día de distancia.

Llovía cuando dejó Padrón. Se puso el poncho que había comprado tres años antes y comenzó la última etapa. Durante los primeros kilómetros caminó bien. Después los pasos se hicieron más cortos.

Otros peregrinos lo adelantaban y le daban ánimos:

—¡Buen Camino! ¡Bo Camiño!

Él levantaba un bastón en respuesta.

Dejó de llover.

Algún tiempo después advirtió que la mochila ya no pesaba. Más adelante dejó de sentir los pies.

Continuó.

No supo cuándo había perdido los bastones. Las flechas aparecían en los muros, en las piedras, en los postes. Amarillas. Siempre hacia delante. Entonces oyó las campanas.

Se detuvo.

Por encima de los tejados estaban las torres.

João entró despacio en Santiago. Las calles de piedra se estrecharon, giraron a la izquierda, a la derecha, descendieron. Después, un pasadizo oscuro.

Y la luz. La plaza del Obradoiro se abrió ante él.

Quedó inmóvil.

Los peregrinos se abrazaban. Algunos lloraban; otros se tendían sobre las piedras. Las mochilas caían al suelo. Las campanas atravesaban la plaza.

João buscó la fachada de la Catedral. Dejó la mochila en el suelo y caminó hasta donde pudo. La puerta estaba frente a él.

En la UCI, la hija advirtió que los labios de su padre se movían y se inclinó sobre él, que miraba hacia lo alto.

La mano derecha buscó algo sobre la sábana, quizá un bastón, quizá la mano de alguien.

La hija le sujetó los dedos.

João respiró hondo.

—Oh, Santiago, dame tu valor para dejarlo todo y seguir la llamada del Maestro.

El monitor siguió dibujando durante unos segundos una línea irregular, hasta volverse continua.

Días después, la hija entró en el despacho.

El mapa seguía en la pared. El billete atravesaba el Atlántico, sujeto con una chincheta.

Debajo de la mesa encontró la mochila. La abrió: tres pares de calcetines, el cortavientos, una botella, el pequeño estuche para las ampollas, el poncho todavía doblado tal como había salido de la tienda.

En el bolsillo interior estaba la credencial del peregrino.

La hija la abrió. Las casillas destinadas a los sellos estaban todas vacías. En la pared, frente a ella, trece etapas llegaban hasta Santiago.